

RESEÑA

Juan Pablo Gil-Osle, *Los cigarrales de la privanza y mecenazgo en Tirso de Molina*, Universidad de Navarra / Iberoamericana / Vervuert, Madrid / Frankfurt am Main, 2016, 196 pp. ISBN: 9788484899457.

FRANCISCO FLORIT DURÁN (Universidad de Murcia)

DOI: <<https://doi.org/10.5565/rev/anuariolopevega.266>>

En 1624 sale de las prensas madrileñas la miscelánea tirsiana *Cigarrales de Toledo*. Es la primera obra que publica Gabriel Téllez y está dedicada, según figura en la portada, a don Suero de Quiñones y Acuña, caballero del hábito de Santiago, regidor perpetuo y alférez mayor de la ciudad de León, señor de los concejos y villas de Sena e Hibias. De este modo, Tirso pone bajo el amparo y la sombra protectora de un noble su primer producto impreso situándose así en una larga tradición en virtud de la cual se establece una relación entre el escritor y su dedicatario, el cual suele pertenecer a las familias que o bien ocupan el poder en ese momento o están en situación de hacerlo. Este vínculo o esta estructura clientelar puede graduarse e ir desde el simple deseo de protección sin más hasta el terreno de la amistad. En cualquier caso, de lo que se trata aquí es de situarnos en la llamada cultura del mecenazgo, en su sistema económico y en las retóricas de la fidelidad y del servicio, por medio de las cuales el escritor y su patrón establecen un haz de relaciones en las que la mayoría de las veces aquel se ve obligado a ofrecer, precisamente, sostenidas muestras de adulación, de fidelidad, de servicio y de entrega con la esperanza incierta de obtener unos resultados que en no pocas ocasiones son frustrantes para el autor de la obra, encaminándolo a buscar otros señores, otros patronos, en suma, otros mecenas. Debe destacarse, a este respecto, la importancia que hay que concederle a los preliminares y los paratextos de las obras impresas para conocer y profundizar en esta materia, ya que las portadas, las dedicatorias, los prólogos, las aprobaciones y las licencias de impresión ofrecen al investigador abundantísima

información. No se olvide que, como bien estudió José Simón Díaz (*El libro español antiguo. Análisis de su estructura*, Kassel, Reichenberger, 1983, pp. 92-98), los dos objetivos, por ejemplo, de las dedicatorias de la época, son lograr la protección y amparo del destinatario y que el prestigio y poder de este le sirva de escudo frente a los envidiosos y maledicentes.

Pues bien, Juan Pablo Gil-Osle se ocupa en el libro que reseñamos de examinar por lo menudo la relación entre Tirso, su obra *Cigarrales de Toledo* y la persona a quien va dedicada: don Luis Suero de Quiñones Pimentel y Acuña (h. 1586-1648), y lo hace enmarcando y enfocando su estudio en unos de los aspectos de la crítica áurea que hoy en día más interesan, nos referimos, y ya quedó apuntado arriba, a la cultura del mecenazgo, a su sistema económico, es decir, al importantísimo punto que tiene que ver con la cuestión misma del oficio de escritor en el Siglo de Oro y de su desesperada búsqueda muchas veces de alguien que sustente, ampare y favorezca su creación.

El libro se vertebra en cuatro capítulos, a los que acompañan una conclusión, un anexo documental, una bibliografía primaria y secundaria, un índice onomástico y conceptual, y una genealogía de la familia de don Luis Suero de Quiñones. El primer capítulo («Análisis de una portada: emblemática y mecenazgo en *Cigarrales de Toledo*», pp. 19-33), que tiene una versión anterior publicada en 2006, se ocupa en sus primeras páginas de una de las ideas más recurrentes en Tirso, y que aparece una y otra vez en los preliminares de las primeras ediciones de sus obras, tanto en *Cigarrales* y en *Deleitar aprovechando* como en las Partes tercera, cuarta y quinta de sus comedias; nos referimos a la obsesión tirsiana por conseguir que el fruto de su ingenio, del que se siente muy orgulloso, pueda ver la luz sin que los envidiosos y murmuradores lo mancillen. Para tal propósito no hay más remedio que poner bajo la protección de algún mecenas o patrón la obra que ve la luz impresa. Y ese amparo, en el caso de *Cigarrales*, se representa ya desde la misma portada de la edición de 1624, cuya estructura analiza con inteligencia y lucidez Gil-Osle (pp. 27-30), para concluir que el frontispicio de la misma «asocia a don Suero con la poderosa imagen de la magnificencia aristocrática y con la elevación de la sabiduría; al igual que con la encumbrada fama que le procuraría su asociación con Tirso de Molina» (p. 31). Ahora bien, no menos interés tiene el hecho de que en el cuerpo textual de la miscelánea *Cigarrales* haya tres comedias (*El vergonzoso en palacio*, *Cómo han de ser los amigos* y *El celoso prudente*) cuyos

temas son, respectivamente, el favor del mecenazgo, la amistad perfecta y la fidelidad en las relaciones que, precisamente, muestran un dominio por parte de Tirso del vocabulario allegable al mecenazgo. Porque, al fin y a la postre, lo que quiere Tirso es establecer una analogía entre dichos temas y el hecho de que el sabio (el escritor) siempre necesita del favor del poderoso para poder elevarse y alcanzar la gloria y la fama. Dicho de otro modo: cuán lejos puede llegar la asociación de un escritor y un mecenas.

Sin embargo, como muy bien recuerda Gil-Osle, aunque la magnificencia de don Luis Suero de Quiñones sufragara el costo de la publicación de la primera edición de *Cigarrales*, lo cierto y verdad es que esa protección, ese favor, esa munificencia no tuvo segundas partes, pues los *Cigarrales* de 1631 (Jerónimo Margarit, Barcelona) ya no cuentan con los retratos alegóricos de don Suero y de Tirso en su portada, ni con el escudo de la casa de Sena, aunque se mantuvo la dedicatoria. Parece ser, pues, que a la larga la relación entre el noble y el mercedario no fue tan beneficiosa para nuestro escritor.

El segundo capítulo («El Parnaso literario y las justas náuticas», pp. 35-55) se centra en la justa náutica sobre el río Tajo que se describe detenidamente en *Cigarrales*. Es aquí donde figura la conocida y tantas veces citada escena en la que fray Gabriel se retrata a sí mismo como un pastor vestido con un pellico blanco con el escudo de la Orden de la Merced que trepa a una palma altísima, ayudado por dos alas —en una estaba escrita la palabra «Ingenio» y en la otra «Estudio»— con el propósito de hacerse con la corona laureada. Es una escena bien conocida que ahora mismo no merece mayor elucidación y que el autor del estudio analiza acertadamente. Sí que me interesa destacar la circunstancia, bien vista por el profesor Gil-Osle, de que la miscelánea está presidida por un tono aristocratizante que se convierte en un elemento unificador, y que va desde la portada, pasando por la dedicatoria y por la imagen de don Suero, hasta llegar a la representación de Tirso como un artista esperanzado merced a la protección de su mecenas. Es decir, el mercedario se empeña en exhibir su relación con el noble a lo largo de toda la miscelánea, no solamente en el frontispicio de la misma.

En el tercer capítulo («Los señores de Sena: del funcionariado filipino al marchante de arte cortesano», pp. 57-93) se lleva a cabo una detenida y documentada semblanza de don Luis Suero de Quiñones y de su familia, los señores de Sena. El objetivo que se plantea es tratar de averiguar qué podía ofrecer don Luis y su clan

familiar a Tirso a cambio de su dedicatoria y qué podía esperar nuestro escritor de don Luis en compensación por sus alabanzas como mecenas y caballero. Es un punto fundamental, probablemente el de mayor interés. No obstante, tras la lectura del capítulo, en el que se lanzan varias suposiciones un tanto arriesgadas, el lector no es capaz de responder a la cuestión arriba planteada. Gil-Osle elabora una imagen de don Luis, creo que con poco sustento, basada, por una parte, en el hecho de valorar su condición de importante intermediario en el mercado artístico madrileño y, por otra, en la de considerar que el señor de Sena ocupaba una posición cómoda y significativa en la corte de Felipe III. Pero, si leemos con atención lo que el propio autor del estudio nos cuenta, no es esa la conclusión a la que se puede llegar. No creo que pueda calificarse como «década brillante» para don Luis la que va de 1611 a 1621 porque fuera diputado por la ciudad de León en las Cortes celebradas en Madrid entre 1611-1612 o porque el 22 de julio de 1617 fuera cruzado caballero de Santiago o porque Tirso le dedicara su primera obra impresa. No pocos nobles de aquellos años podían presentar una ejecutoria más sustanciosa.

Por otro lado, si hacemos caso a historiadores del arte serios y respetables intelectualmente, don Suero se nos presenta como un coleccionista rumboso, pretencioso y estafador, atributos que ya se le reconocían en el siglo XVII. El propio Gil-Osle reconoce que la imagen de don Suero de Quiñones en *Cigarrales* pasa de las alabanzas en los paratextos a una velada crítica en el cuerpo de la obra. De manera que no nos queda clara la razón por la que Tirso le dedica su miscelánea al señor de Sena. No es suficiente motivo, en nuestra opinión, aducir que Tirso probablemente evaluaba de un modo positivo las actividades de don Luis Suero como intermediario en el mercado artístico madrileño.

En el capítulo cuarto y último («Teatro del secretariado, la amistad y la privanza», pp. 95-136) se explora por extenso la relación entre las tres piezas dramáticas reunidas en los *Cigarrales*, todas ellas escritas antes de 1615, y la literatura ficcional y ensayística de la privanza en el periodo lermista de Felipe III, es decir, de 1599 a 1618. Es un recorrido amplio, bien apoyado con diferentes textos dramáticos y en prosa. Se recuerda que en tales obras se plantean una serie de temas muy importantes en la época: quién es realmente un privado, término por el que opta sensatamente el autor del libro frente al más moderno de “valido”; el merecimiento del favor real; la profesionalidad en el privado; la ambición, la corrupción y el abuso de confianza; el agradecimiento del monarca y su relación con el privado. El resul-

tado principal de este análisis de las piezas consiste en señalar que la pluralidad es una característica de las representaciones de la privanza tanto en el teatro como en los tratados y ensayos políticos.

El capítulo o apartado de conclusiones es uno de los mejores del libro porque Gil-Osle ha sabido expresar y recoger con notable acierto la sustancia o almendra de todo lo que ha ido exponiendo a lo largo de la obra. Quiero destacar tres cosas. En primer lugar, la importancia que tiene que el dedicatario de los *Cigarrales* perteneciera a la familia Pimentel, un grupo aristocrático ascendente en la vida de la corte española del Felipe IV, y, por tanto, el corolario de que Tirso está apostando por un mecenas que tiene nexos importantes en la corte. Este punto tendría que haberse explicado con mayor claridad y precisión en el capítulo tercero.

En segundo lugar, es muy valiosa la reflexión que hace el profesor Gil-Osle sobre el hecho de que la dedicatoria de los *Cigarrales* fuera única, es decir, que después de 1624 Tirso ya no le dedica obra alguna a don Luis Suero de Quiñones y que, además, Téllez tiene cuatro dedicatorias únicas más: *Doce comedias nuevas del maestro Tirso de Molina. Primera parte* (1627), dedicadas a don Alonso de Paz, regidor de la ciudad de Salamanca; *Segunda parte de las comedias del maestro Tirso de Molina* (1635), a la Venerable y piadosa congregación de los mercaderes de libros de esta corte; *Parte tercera de las comedias del maestro Tirso de Molina* (1634), a don Julio Monti, caballero milanés; y *Deleitar aprovechando* (1635), a don Luis Fernández de Córdoba y Arce y a doña Juana de Arce y Tordoya.

En tercer lugar, la circunstancia de que a partir de 1635 Tirso de Molina decidió dedicar sus obras (*Cuarta y Quinta partes, Panegírico a la casa de Sástago y Genealogía del conde de Sástago*) a don Martín Artal de Alagón, VII conde de Sástago. Es decir, parece que por fin nuestro escritor encuentra el mecenas deseado. Mecenas que, curiosamente, está relacionado y emparentado con la familia Pimentel y, por tanto, con don Luis Suero de Quiñones.

Antes de la bibliografía, hay un interesante anexo en el que se transcriben una serie de documentos custodiados en el Archivo Histórico Nacional atañedores, fundamentalmente, al abuelo de don Luis Suero, pero en el que también se incluyen dos importantes documentos: las capitulaciones matrimoniales entre don Luis y su esposa, doña Ambrosia de Oña y Valdés, y el otorgamiento de poder para testar hecho por don Luis.

El libro se cierra con una bibliografía dividida en dos apartados: manuscritos

(33 en concreto) y fuentes impresas. Después viene un útil índice onomástico y conceptual y, finalmente, una genealogía anotada de los señores de Sena.

En suma, cabe decir que estamos ante un estudio que, a pesar de las objeciones arriba apuntadas y a pesar de una redacción en la que se reiteran en exceso algunas ideas que el lector páginas antes ya había asumido, debe tenerse en cuenta a la hora de conocer mejor la trayectoria biográfica y literaria de Tirso de Molina; especialmente, la génesis de la que fue su primera publicación: los *Cigarrales de Toledo*.